

Para Pepemi, gran colega,
en ésta y otras muchas
escaladas



Jesús Ayestaran

Al Balaïtous por la vía Augerot- Ollivier de la Cara Sur

■ Siguiete largo a partir de la Aguja

HUBO un tiempo en que al Balaïtous se le llegó a llamar el "Cervino de los Pirineos", y no precisamente por su semejanza con la montaña de Whymper, que no la tiene, sino por la dificultad de sus accesos. Y, sin embargo, poca vías de escalada, entre las muchas allí existentes, tan bonitas y facilonas como la Augerot-Ollivier.

Es el Balaïtous montaña de acusada personalidad, primer tresmil relevante viniendo del Atlántico y uno de los más ariscos de cuantos de esta categoría conforman la cadena pirenaica. Se suba por donde se suba, siempre hay algo que nos hace vacilar. Quizás el Midi d'Ossau, en lo que a dificultad se refiere, le haga sombra, pero éste no alcanza la cota "tresmil". Y eso marca.

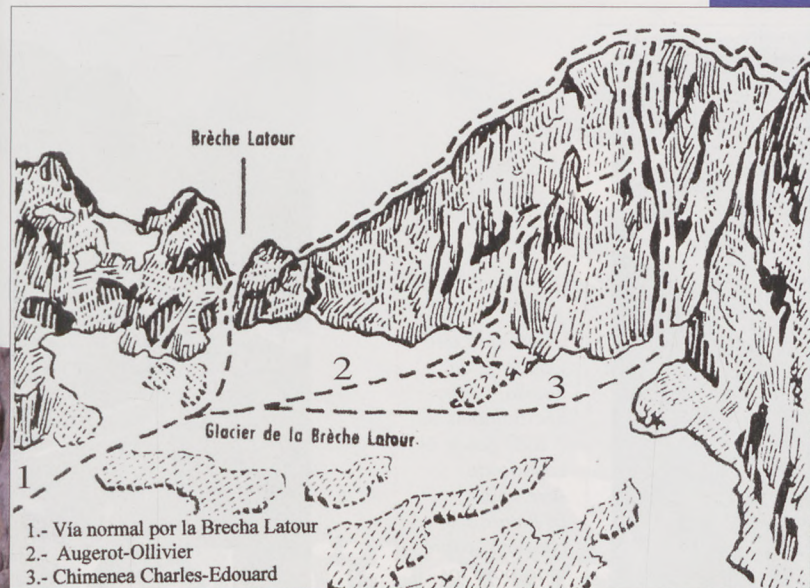
No es tampoco de extrañar, dadas las singularidades de esta montaña, que George Cadier (1874-1952), uno de los históricos cinco hermanos pioneros del pirineísmo de dificultad,



■ En plena pared, al fondo, Pico Anónimo y Frondiella Norte

le dedicara, allá por 1913, todo un libro, una espléndida monografía en la que le rinde un emocionado homenaje. Hasta aquella fecha ninguna montaña pirenaica había disfrutado de tal honor. Sólo el Cervino en 1904, por su belleza y dramática primera ascensión en 1865, y por lo que ha representado en la historia del alpinismo, había gozado, de la pluma de Guido Rey, de tan alta distinción.

Y para quienes gusten de éstas y otras particularidades sólo añadir, a título de curiosidad, que así como los monta-



ñeros del sur siempre la hemos conocido como Pico de los Moros o Balaïtous, los del norte, más inquietos y estudiosos que nosotros, llegaron a contabilizar hasta treinta y seis formas diferentes: Balaïtous, Balétous, Bat-Layteux, Bat-Lactouse, Marmuré, Marmuret, Mur-Muré, Maou-Muret, y otras más que el tiempo, ese implacable demoledor, se ha ocupado de borrar.

■ Y de nuevo, inmersos en su enrevesada orografía

También aquel primero de julio, y coincidiendo con los días más largos del verano, una irresistible llamada nos había impulsado a Pepemi y a mí a introducirnos en el corazón del Pirineo. Hay cumbres que tienen para nosotros el mismo hechizo que la miel para el oso o el imán para el hierro. Una de ellas es el Balaïtous. Y hacia él fuimos.

Conozco bien esta montaña, exactamente desde aquel lejano 1959 en que por vez primera alcancé su cima, una que-rencia cimentada luego por numerosas visitas. Las amistades, como los buenos vinos, cuanto más antiguas mejor.

Ya desde el principio me trató bien el Balaïtous, y yo, para corresponderle, desde ese mismo instante le incorporé a mi imaginario afectivo. Porque a las montañas, como a las personas, según sea su calidad, también se las termina amando o ignorando. Como montaña admirada la habíamos subido por todas las aristas, crestas y paredes. Nunca nos rechazó. Sólo en una ocasión sufrimos un amago de tormenta que, aunque no nos hizo dudar en cuanto a continuar la escalada, pero sí a reñir, terminamos por fiarnos de su bondad y ganamos su cima. Y de nuevo se hizo la paz. Sesenta años de montañismo dan para mucho.

■ El electrizante circo de Vuelta Barrada

Esta vez queríamos llegar a su cumbre por una vía poco frecuentada, la Augerot-Ollivier, y que nosotros, por una u otra razón, la habíamos ido dejando para mejor ocasión. ¡Hay tanto por escalar en el Pirineo!

No estaba el sol todavía fuera cuando con las primeras luces del amanecer abandonamos el refugio. Si quieres que el día te cunda, levántate con los pájaros, había leído en algún lugar. Montañero viejo, escarmentado por numerosos



■ En los comienzos de la escalada

fracasos, es norma que sigo en todas mis salidas a la alta montaña. A poco de partir, unos cuantos montañeros torcieron hacia la Facha; otros, los menos, enfilamos valle arriba, hacia el Balaïtous. Se notaba, por el equipo que llevábamos, quiénes iban de travesía, quiénes a escalar. Abajo del todo, las aguas del lago de Respomuso comenzaban a desprecipitarse y a perder el acerado color de las horas nocturnas.

Antes de la nueve estábamos al pie de la pared. El ibón de Sclousera, alojado en el mismísimo regazo de Vuelta Barrada y todavía medio cubierto por la nieve, dejaba asomar un pequeño trozo de sus aguas. Las electrizantes Crestas del Diablo y de Costerillou por un lado, y las Frondellas - tres cumbres injustamente olvidadas al igual que su vecino Pico Anónimo ó Cadier - por el otro, confieren a este rincón una fuerte personalidad.

Desde lo alto de nuestra privilegiada posición veíamos a nuestras espaldas cómo una fila de montañeros remontaba la empinada lengua de nieve que moría en la base de la brecha Latour. Estaban a punto de alcanzarla cuando uno de ellos perdió pie y cayó. Se siente congoja, y más cuando se va a escalar, al ver cómo una persona cae y nadie le retiene. Afortunadamente no pasó nada y, tras precipitarse ganando velocidad por la lisa pendiente, temiendo lo peor, al final terminó por aterrizar, sano y salvo, dentro de una hondonada repleta de nieve. Todo quedó en un susto pero es en tales ocasiones, viendo que la vida se te puede ir al traste en un abrir y cerrar de ojos, cuando piensas: ¿y vale la pena escalar? Y, sin embargo, escalamos.

■ La Augerot-Ollivier

Abierta en 1946 por los guías Augerot y Ollivier con dos clientes, es una vía que gana la cumbre del Balaïtous a través de su pared sur. Comenzó Pepemi a escalar. Le vi alejarse elevándose por entre sucesivas gradas y muros. La cuerda corría suave. Aunque rayando la vertical, era terreno sin complicaciones. En una repisa, debajo de una osca pared, nos reunimos. Luego, girando bruscamente a la derecha fuimos ganando altura hasta el pie de una profunda chimenea. Su salida, por roca suelta, exigió a Pepemi la colocación de un seguro. Y desembocamos en un corredor herboso desde el que ya se divisa la aguja, referencia principal en esta escalada. Nítidamente recortada contra el azul del cielo, hacia ella enfilamos.

Entretanto, el sol, subiendo por el lado de la Facha, había comenzado a templar la roca, la Brecha Latour a llenarse de monañeros, cuyos gritos y maniobras de cuerda, acompañados en ocasiones por desprendimientos de piedras, nos llegaban amortiguados por la distancia. Por terreno fácil ganamos la horquilla, un diminuto espacio entre la aguja y la pared, donde nos reunimos.

Cruzando al otro lado, un profundo vacío se abría bajo nuestros pies. Íbamos entrando en los largos más bonitos y espectaculares. Había que bajar dos o tres metros para continuar por terreno vertical pero con buenos agarres. Más arriba, una nueva travesía nos situó a los pies de una chimenea que Pepemi se encargó de superar. Y volvimos a reunirnos. Adivinábamos - nos lo decía el instinto y la altura ganada - que la escalada tocaba a su fin. Fue éste un largo arriesgado, no por la dificultad, sino por la precariedad de los seguros. Girando a la izquierda y tras pasar una baga por un gran bloque, una roñosa clavija incrustada en una grieta me indicó el camino a seguir. Animado por el descubrimiento, no lo dudé más. Elevándome sobre las puntas de los pies, estirándome mucho, di con una buena presa y superé el paso. Por encima, un inclinado corredor marcaba el final de la escalada. Andando ganamos la cumbre. Eran las doce del mediodía.

■ Mucho más que un deporte

El trípode que corona la cumbre es el único elemento que no concuerda con la grandeza del paisaje. Pero, a estas alturas de nuestro devenir montañero, ¿es que no hemos aprendido todavía a que en este mundo nada es perfecto?

De pie sobre la placa de cemento que sustenta el trípode, contemplaba en silencio el paisaje y el correr de las nubes. Siguiendo una inveterada costumbre recogí, como recuerdo, una pequeña piedra, que hoy, junto con otras muchas procedentes de las montañas de medio mundo, está en una vitrina de mi casa. Y saqué fotos, que son vida. Era la undécima vez que me encontraba aquí arriba, y de ellas, nueve por caminos diferentes. La pequeña escultura-retrato que, aunque rota y sujeta por alambres, se levantaba hasta hace todavía pocos años junto al trípode, recordando al histórico pirineísta francés Georges Ledormeur (1867-1952), había terminado por desaparecer. Todo pasa, nada queda, y un sentimiento de nostalgia comienza a apoderarse de nuestros corazones. Y reflexionaba.

FOTOS ARCHIVO AUTOR



■ Grabado del Conde R. de Bouillé, hecho hacia finales de 1.890 desde el collado de Arrémoulit. Es interesante constatar sobre todo para los amantes del Pirineo, el nivel del glaciar en aquel entonces

■ Pic Palas y cresterío Balaïtous - Frondellas (desde el Pico de Arriel)

Quien tiene vocación, quien vive intensamente la montaña, nunca la abandona, y pasará el resto de sus días no pudiendo olvidar que fue montañero..., porque la montaña, digan lo que digan, es mucho más que un deporte. Simplemente.

■ Marmuré, el viejo nombre

La bajada la realizamos por la Brecha Latour. Bien equipada para rapelar en tres cómodas tiradas de cuerda, enseguida ganamos el glaciar, que en esta ocasión, recién iniciado el verano, subía alto. Luego, atravesados los últimos neveros y tras doblar el contrafuerte conocido como "Ledormeur" - ese parapeto rocoso que defiende a Las Frondellas -, todo se redujo a bajar y bajar.

Caía la tarde. Murmuraban los torrentes. Sus aguas, sin la sordina del frío de la noche, fluían a la carrera, todavía en libertad, chocando contra las rocas, levantando penachos de espuma, para, poco más adelante, ir a remansarse y domesticarse en el embalse de Respomuso, final de su loco recorrido. Como la vida.

"Marmuré" - que murmura -, era uno de los viejos nombres del Balaïtous, y el preferido por Georges Cadier para referirse a él. Pequeñeces, bagatelas, cuestiones de poca monta dirán algunos, pero altamente valoradas para quienes como nosotros, prisioneros y quijotes de las alturas, amamos sin reserva las montañas y las historias de las montañas. □

Ficha técnica:

Dificultad: AD con algún paso de IV
Desnivel: desde la base de la pared a la cima unos 300 metros
Tiempo: entre 2/3 horas de escalada
Material: 6 expreses, cintas, fisureros, algún friend
Ascensión realizada con Pepemi González Muga



Luis Alejos